

Notas sobre la Novela Chilena Contemporánea*

por

Raúl Silva Castro

Quienes hemos tocado alguna vez la literatura chilena como tema de estudio, sabemos cuán sostenida es la actitud de denigración acerca de sus frutos, manifestada dentro del país y hasta más allá de sus fronteras territoriales. Podría decirse inclusive que este deporte de la denigración, al cual se entregan sucesivamente importantes atletas, tienta como podrían tentar un manjar o una droga, y tanto como para vencer en la víctima todas las reservas de la medida y del buen gusto. Significa esto que en la tarea de negar a Chile aptitudes para el cultivo de la novela, de la poesía, del teatro, de la crítica, del ensayo, hay una vigorosa emulación, la cual sirve, como todas las emulaciones, para robustecer las potencias humanas, severamente limitadas por la biología.

A mí, espectador no siempre pasivo de este suceso, no deja de asombrarme el hecho, y más de una vez he aplicado mis débiles fuerzas a dilucidarlo. Después de tales y de cuales investigaciones, que no creo ésta la mejor ocasión para exponer, he llegado a pre-

*Los *Anales de la Universidad de Chile* son un órgano de la Universidad y, por lo tanto, de la libertad de crítica. No entienden servir a la cultura chilena, ni glorificándola más allá de todo defecto, ni escarneciéndola más allá de toda virtud. La inclusión del presente trabajo de don Raúl Silva Castro es buena prueba de ello.

EL DIRECTOR.

cisar, con alguna certidumbre, como fuente de la denigración habitual y rutinaria, el parecer que sobre Chile emitió el ilustre erudito español don Marcelino Menéndez y Pelayo. De la Real Academia Española recibió este señor el encargo de formar una antología de poetas de la América hispanoparlante, a fin de conmemorar así, en 1892, el iv centenario del descubrimiento de América, y en atención a ello inició la publicación de la *Antología de poetas hispano-americanos*, en donde su nombre no figura como autor, si bien firma las introducciones correspondientes. La de Chile ocupa algunas páginas en el tomo iv y final de esta obra, publicado en Madrid en el curso de 1895. Dentro de ese estudio, en varios aspectos excelente, aparece de lleno, con relieve acusadísimo, la denigración de Chile a que me vengo refiriendo. Conviene conocer las palabras textuales:

El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente e innegable. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino... Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras repúblicas hispanoamericanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa... (obra cit., p. LXXXV-LXXXVI).

He copiado estas palabras con la extensión relativa que permite la longitud de este ensayo, a fin de que el lector sepa desde el comienzo qué se va a tratar aquí.

Y, después de todo, no parecía en realidad totalmente desaperdado que don Marcelino, mirando las letras americanas en conjunto desde su galería madrileña, las divisara apenas y confundiera valores obvios, de resultas de lo cual su noción de las letras chilenas vino a ser desmedrada y pobre. ¿Era igualmente previsible semejante comportamiento en escritores nacidos en América?

Distingamos, eso sí, ahora mismo las cosas. No se trata de la

neicia patriotería que lo cubre todo, y como bandera de corso permite deslizar especies de contrabando; ni de aquel provincianismo que nos hace aplaudir lo de nuestra aldea porque lo hemos visto crecer a nuestro lado y su autor es pariente nuestro. No; nada de eso. Se trata de si en atención a que las letras chilenas forman parte, por el idioma, del acervo de la lengua española, las asimilemos o no a la literatura española. En el primer caso ocuparán dentro de ésta un lugar paupérrimo, pues para calificarlas hemos aceptado un escalafón muy amplio, en nada conveniente a nuestros usos literarios y que no nos hace justicia. Para dar razón de ellas no podemos referirlas sino al ciclo nacional en donde están inscritas. En suma, las letras chilenas deben ser juzgadas en sí, y no con relación a una masa de fenómenos literarios registrados lejos de nuestro ambiente y en atención a necesidades psicológicas, morales y políticas que no han operado en el caso nuestro. La vieja tesis de que las letras forman un solo todo dentro de la lengua en que han sido vertidas, está ya totalmente desacreditada.

Si se desea entender mejor el suceso, piénsese en la literatura de Estados Unidos. Está escrita en inglés, pero ningún crítico serio de aquella nación conviene ya en intercalar la literatura norteamericana como simple dependencia, desván, sobrado o apéndice de la literatura inglesa. Sea como fuere, se ha producido una escisión evolutiva entre los dos campos, y ciertas leyes de sensibilidad y de gusto, las más importantes y decisivas en las letras, impedirían olvidarla. Lo que es verdad de la lengua inglesa y dentro de ella de las literaturas británica y norteamericana, ha de ser válido también para el caso nuestro, es decir, en presencia de la lengua española, y de si dentro de ella han de englobarse las literaturas nacionales producidas en América.

Las palabras de Menéndez y Pelayo fueron estampadas en 1895, y muchos años han corrido para que se olviden, y efectiva-

mente podría decirse que el chileno culto, afecto al estudio de las letras, propende a raerlas de su memoria. Pero debe confesarse, asimismo, que de cuando en cuando surgen de nuevo para cobrar otra vez la resonancia un tanto escandalosa de 1895. Y queda, en fin, latente la que podría llamarse escuela formada en torno a semejantes conceptos, la de la denigración sistemática y persistente del genio literario chileno. Los epígonos de esta escuela no siempre citan como su maestro y santón a Menéndez y Pelayo, a quien inclusive tal vez ya no lean; pero ocurre que más allá del tenor literal asumido por el juicio del ilustre crítico santanderino, más allá de sus voces propias, en el ambiente nacional ha persistido el eco, eco que se prolonga y repite cuando menos se le espera, sea en escritos emanados de chilenos, sea en otros cuyos autores son extranjeros.

Estas reflexiones han sido evocadas por el artículo *Perspectivas y limitaciones de la novela chilena actual*, con la firma de Ariel Dorfman, publicado en número reciente de los *Anales de la Universidad de Chile*. Esta revista lleva tras de su título una leyenda anexa que dice así: "Fundados en 1843", entendiéndose esta vez que ese año se fija porque dentro de él comenzó a funcionar la Universidad de Chile. Dicho de otra laya: durante ciento y tantos años la institución universitaria y las letras chilenas se han prestado recíprocamente servicios y han corrido en forma paralela, unas veces protegidas las letras de modo activo y diligente por el cuerpo universitario, otras algo distantes, pero siempre, como ya se dijo, en forma paralela. Este paralelismo de dos actividades del espíritu en una sola nación, cuando son además ejercidas por unos mismos hombres, todos responsables en alguna medida del avance espiritual de la sociedad correspondiente, parece llamado a crear una forma de solidaridad en virtud de la cual ni la una ni la otra pudieran atreverse, en buen examen, a negarse los méritos respectivos. Llama por eso la atención un artículo tan abiertamente denigratorio como el del señor Dorfman. Fácil es ver en aquellos

Anales notables estudios, ensayos, artículos de costumbres, piezas teatrales, etc., con firmas chilenas, así como en diversas fechas la misma publicación se ha esmerado por dar cuenta de los libros recientes, en una ágil y bien servida sección de bibliografía. En el propio número donde leo el estudio del señor Dorfman, páginas más adelante encuentro una nota bibliográfica con la firma de Jaime Valdivieso, que versa sobre una novela reciente y comienza diciendo:

Ultimamente se considera "bien visto" entre críticos, hablar con un tono displicente y desdeñoso de la novela chilena. Todos estos críticos al pronunciarse sobre los narradores nuestros lo hacen siempre provistos, a manera de birrete universitario, de las novelas de Vargas Llosa, de Julio Cortázar, de Carlos Fuentes, las que exhiben a hojas desplegadas. (*Anales*, núm. 140, oct.-dic., 1966, p. 246).

La tarea propuesta se abreviaría considerablemente al estampar aquí punto final. Dejaría metidos en la discusión a los señores Dorfman y Valdivieso, a ver si se ponen un día de acuerdo sobre las *perspectivas y limitaciones de la novela chilena*; y yo me alejaría, lavándome las manos. Pero no. Hay un deber más alto que cumplir, y creo que comencé a cumplirlo al citar aquellas palabras de Menéndez y Pelayo con que se encabeza este trabajo. Allí parece encontrarse la fuente de la denigración histórica ya señalada, de modo tal que el señor Dorfman, como otros a quienes podría también citarse (Pedro Nolasco Cruz, Domingo Amunátegui Solar, Eliodoro Astorquiza...), no pasarían de ser aplicados empollones de Menéndez y Pelayo, a quien en su hora diputaron guía infalible, crítico infalible, censor infalible en cuanto problema literario les saliera al camino.

Sin embargo, yo no lo creo infalible, y en consecuencia tampoco acepto la infalibilidad del señor Dorfman, quien prolonga tan a destiempo la denigración iniciada por Menéndez y Pelayo. Y es notorio que esta vez ha de aludirse en forma precisa e inequívoca a la infalibilidad, porque el señor Dorfman pretende ser

creído bajo la sola fe de su palabra, pues no ofrece pruebas, no examina, no rastrea los orígenes de las cosas, no estudia pormenores, y se limita a negar en forma exaltada, turbulenta y de creciente irritación, hasta el punto de que más de una vez su escrito, perdido todo freno, adquiere la tremolación de los alaridos histéricos que suelen oírse en las clínicas de siquiatria. Para él, por ejemplo, existe una especie nueva del estilo, el *tanguero*, tierno calificativo que aplica a cierta novela chilena de los últimos años (p. 155). En otra parte, siempre trocados los frenos, afirma el autor que "no se puede amar una abstracción" (p. 137), especie contra la cual se alza naturalmente toda la historia de la filosofía y de la existencia humana en general, historia que no es, entre otras cosas, sino la prueba de cómo el hombre siempre ha amado abstracciones. Siento mucho que tan formidable mole de antecedentes se vierta contra el señor Dorfman para aplastarlo, pero es así: no sólo se pueden amar las abstracciones sino que siempre se las ha amado y hoy mismo se las ama.

La intención ostensible del artículo consiste en levantar algo como un arqueo de la producción novelesca lograda en Chile en los últimos años, a fin de relevar los caracteres de dichas obras para obtener un diagnóstico de conjunto sobre ellas y, naturalmente, sobre sus autores. Para que esto sea verdad sería preciso que en el escrutinio del señor Dorfman aparecieran contempladas todas las novelas chilenas publicadas de 1960 a 1967, con la sola excepción de algunas insignificantes, sin calidad propiamente estética. Supresión, sea dicho de paso, en la cual no es difícil convenir, pues el intento del autor no pudo ser aglomerar títulos por mera fidelidad a la estadística. Desde el punto de vista numérico, el autor cita once (11) novelas publicadas antes de 1960 que en su entender deben ser mentadas para algún fin preciso; veintiuna (21) en las pp. 113-14, y seis (6) en la p. 134. Lo cual da un gran total de treinta y ocho (38) novelas.

Hasta ahí todo marcha bien; pero donde hay uno hay otro, y

he aquí cómo el modestísimo firmante de estas líneas también posee archivo y toma nota igualmente de las obras que se publican. De ello ha salido un cuadro muy esclarecedor que a continuación se expone, el de los títulos omitidos en el escrutinio del señor Dorfman, agrupados según año de publicación para que sea más fácil la comprobación y el estudio por aquéllos a quienes interese el tema:

1961

- | | |
|--------------------------------------|--------------------------------|
| 1 Del otro lado del tiempo | 7 La justicia de los Maurelios |
| 2 Las noches del cazador | 8 Como otro cáncer |
| 3 100 gotas de sangre y 200 de sudor | 9 La hija del pintor |
| 4 El castaño | 10 El viento del rencor |
| 5 Huida | 11 Después del desierto |
| 6 El príncipe y las ovejas | 12 Una lágrima para el juez |

1962

- | | |
|------------------------------------|---------------------------------|
| 13 Las furias y las vírgenes | 19 El camino de la ballena |
| 14 Chicago chico | 20 El acantilado |
| 15 Don Jorge y el dragón | 21 El transeúnte |
| 16 El río | 22 Punto quinto cuarto piso |
| 17 ¿Dónde está el trigo y el vino? | 23 El que merodea en la lluvia |
| 18 La hoz | 24 Las fieras también descansan |

1963

- | | |
|-----------------------------|-----------------------------|
| 25 La tierra que les di | 30 El inútil Hipólito Jara |
| 26 Hijo de las piedras | 31 La ciudad |
| 27 El trompo | 32 Diario de una patinadora |
| 28 El mejor lugar del mundo | 33 La muralla invisible |
| 29 Don Judas Romero | 34 María Teresa |

1964

- | | |
|---------------------------|-----------------------------------|
| 35 La noche ajena | 40 Martes de Gracia |
| 36 Los túneles morados | 41 Puerta de salida |
| 37 El rumor de la batalla | 42 Los feroces burgueses |
| 38 La vida de nadie | 43 Inés y las raíces en la tierra |
| 39 Así fue | 44 Bajo un silencio |

1965

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 45 Calicó | 50 La noche devora al vagabundo |
| 46 El paraíso de los malos | 51 Esto no es el Paraíso |
| 47 Isla firme | 52 Nada más que el alba |
| 48 Nunca como antes | 53 El nómada |
| 49 La flauta en el horizonte | |

1966

54	La eternidad no es mfa	61	Una
55	Papel manchado	62	Detrás de las máscaras
56	Adiós a la familia	63	Soldado de fortuna
57	El púgil y San Pancracio	64	La generación de las hojas
58	Madre soltera	65	La señorita Clementina
59	Mi tío Ciriaco	66	Huellas en la ciudad
60	Encuentro en Tánger		

1967

67	El tiempo no pasa	74	El compadre
68	El último faro	75	La mentira
69	42 prisioneros	76	De noche sobre el rastro
70	La tierra no es redonda	77	Supay el cristiano
71	La piel ajena	78	El lugar sin límites
72	¡Que vienen los montoneros!	79	Después de la campana
73	El último de los Alándegui	80	Desde lejos para siempre

Finalmente, si se me permite hacer un resumen todavía más preciso, he aquí las cantidades correspondientes, por años:

1961	12
1962	12
1963	10
1964	10
1965	9
1966	13
1967	14
Total		<hr/> 80

Si no ando muy equivocado, esto es, si la aritmética no me engaña, la nómina exhibida al lector comprende más títulos que la del señor Dorfman.

Ruego leer atentamente, con cautela, y no atribuirme una mezuquina observación de orden numeral. Yo no pretendo saber más de novela chilena que el señor Dorfman por el hecho de haber citado más obras que él dentro de un mismo espacio de tiempo. No se trata de eso. Se trata, sí, de que si el panorama de la novela

chilena organizado por el señor Dorfman para elaborar su estudio carece de tantos títulos, bien podría ocurrir que algunas de sus inferencias quedaran en el aire. Desde el punto de vista exclusivamente crítico querría decir, de otra parte, que el diagnóstico no debe ser tomado al pie de la letra, ni por su autor, por haber ignorado u olvidado tantos títulos (precisamente, más que los aceptados por él), ni menos por el lector, a quien de momento pudiera asustar la precisión y la abundancia del crítico.



De la nómina que se ha leído poco antes, en donde —insisto— hay más títulos que los citados por el señor Dorfman para su diagnóstico sobre la novela chilena contemporánea, pueden obtenerse muchas conclusiones útiles. La primera, de orden puramente numeral, es la abundante proliferación de la novela, especialidad literaria que parece haber llegado a ser, en cierto grado, la predilecta de los escritores chilenos. No creo que esta inclinación se deba a la mayor facilidad del género. Al contrario: la novela es difícil, y tanto más difícil la habrá de encontrar el escritor a medida que pretenda dominar, en sucesivos intentos, la composición novelesca. Porque, en resumidas cuentas, escribir una sola novela (buena o mala, que es otro cantar) tal vez no sea tarea excesivamente comprometedora. El problema comienza cuando el escritor quiere conquistar otros grupos de lectores, y cuando de consiguiente se compromete a buscar nuevos temas, personajes distintos, estructuras diversas, a fin de que la segunda, la tercera novela que produce no parezcan ser simples calcos tomados de la primera. La proliferación nace más bien de cierto convencimiento que asiste al escritor chileno de las últimas décadas, en el sentido de que la novela brinda una especie de comunicación instantánea con las masas lectoras. Mientras el poema como se usa en estos días es caótico y retorcido, de estilo lleno de trampas, todo lo cual

lo hace de penosa captación para los no especialistas, y mientras el teatro no puede hacerse visible y audible si no hay una compañía que lo ejecute, la novela asegura una forma de acceso directo al lector. De la novela, en suma, espera el escritor chileno una manera cierta y cabal de acogida, inclusive si el original ha de hacer antecámara en las casas editoras y sufrir postergaciones no siempre breves.

Pero hay algo más que ver en aquellas nóminas, y se me permitirá detenerme un poco en ellas.

Yo veo, por ejemplo, cierto notable robustecimiento del interés por la novela histórica, que en manos de Blest Gana había logrado, en el pasado siglo, obras cimeras como *Martín Rivas* y *Durante la Reconquista*, y en los comienzos del siglo presente *El loco Estero*, sin duda la más completa novela de su especie producida por escritor chileno. *100 gotas de sudor y 200 de sangre*, *Inés y las raíces en la tierra* y *Supay el cristiano*, que cito porque el señor Dorfman las ignoró, son novelas dignas de ser mencionadas en aquel grupo de la novela histórica. Y conste que hay otras, y me he limitado a mentar sólo tres sobresalientes en el conjunto.

Otro rasgo curioso que ofrecen estas nóminas es la reviviscencia del Criollismo. ¿No le dábamos ya por difunto? Y sin embargo, *Mi Tío Ciriaco*, *Don Judas Romero*, *Isla firme* y otros títulos, están probando la existencia de una escuela criollista la cual habrá de mostrarse activa en forma paralela con cualesquiera otras, pasando por encima de modas y de gustos transitorios. Yo he sido bien poco admirador del Criollismo, de modo que mi opinión no es sospechosa de hallarse prevenida en favor de tales novelas. Pero hay que citarlas como evidencia de algo activo y que funciona dentro de la novela chilena, nos guste o no la motivación que ellas traen.

También podría merecer alguna mención el gran caudal de novelas femeninas producidas y publicadas en estos últimos años, y sin duda en los que han servido de campo a la incursión del señor Dorfman. La novela chilena cobra una nueva dimensión merced a este aporte, así como sabemos más de la luna desde que

se ha podido fotografiar su hemisferio oculto. La mujer puede ser buena novelista, o mostrar pocas fuerzas para tal especialidad literaria, pero es notorio que algo tiene que decir en cuanto hace a las relaciones humanas. Y es el hecho de que algunas mujeres —pocas según mi personal opinión; muchas según el sentir de los misóginos— hayan llegado a la novela con interés, entusiasmo, generosa dedicación, el que debe ocuparnos ante todo. Sus revelaciones, su aporte a la medida propiamente humana de la literatura, no creo que se pudieran desdeñar sin mayor trámite. El señor Dorfman en su artículo no las desdeña en forma expresa, pero es tan escueto el número de novelas de autoras femeninas citadas por él, que indudablemente el fenómeno escapó a su atención.

Tres asuntos reveladores hemos mencionado: podrían ser más. Basta con ellos para dejar establecido cómo el artículo del señor Dorfman no podría hacer justicia a los esfuerzos de los novelistas chilenos de los últimos años, si escamotea tantas novelas dignas de atención y de estudio. Intentó el análisis en profundidad de un conjunto literario circunscrito en una breve medida de tiempo, pero no tuvo la acuciosidad siquiera de cerciorarse si ese conjunto le podía permitir semejante análisis. Creo haber demostrado, contemplando el intento por diferentes lados, que no es legítimo hacer inferencias sobre una masa de sucesos amputada con severidad extrema, y sin que al lector se informe acerca del criterio que presidió aquella amputación.

Dos temas esenciales diviso en el artículo del señor Dorfman. Siguiendo la pista del primero, veo una palabra fetiche, que se presta a las más diversas manipulaciones. Es la palabra *enajenación* (con algunos de sus derivados), empleada a cada paso. El segundo es *el pasado*, o *lo pasado*, en el sentido de hechos ocurridos, de realidad histórica desplazada por el tiempo, pasado al cual

el señor Dorfman parece odiar con frenesí, en forma un tanto delirante.

Estos dos temas esenciales merecen examen, y se lo brindaré.

Merece también algún estudio la obnubilación del autor, la cual le lleva a las más inesperadas conclusiones, como si un terremoto le quitara, de vez en cuando, la pluma de la mano y le volcara la tinta sobre el papel; y al recuperar la tarea, el autor hubiese olvidado lo que llevaba dicho y se lanzara a perseguir las ideas que le había dispersado el movimiento sísmico. Es un artículo escrito a tropézones, sin unidad, en donde sólo persiste el afán denigratorio ya señalado: el señor Dorfman, empecinado en poner sobre la novela chilena reciente una etiqueta que dice *Mala*, busca afanosamente, en todos los escondrijos de su cerebro, esbozos de argumentos que le sirvan para sustentar la tesis. Y son apenas esbozos, bocetos aproximativos, trazos irregulares de un borrador no meditado hasta sus últimas consecuencias.

Este podría ser el tercer tema de la discusión, pero lo tomaré en cuenta en diversas partes, a medida que se franquee la oportunidad de encararlo.

Enajenación, según parece entenderse de muchos años a esta parte, es la transacción en virtud de la cual se transfiere el dominio de una cosa: enajeno una casa, se cita a remate para enajenar un fundo. Aplicado a las personas, indica un estado de salud alterado, y es así cómo se habla de que Fulano sufre enajenación mental, o más brevemente: Fulano es un enajenado. Aplicado a las masas, por una figura de lenguaje perfectamente permitida podría decirse que es el proceso en virtud del cual se hace consentir a un pueblo, mediante la propaganda, en doctrinas que alteren transitoriamente su habitual conducta. Diríamos, por ejemplo, que está sometido a enajenación (o que está enajenado) el

pueblo de Trapalanda si sus gobernantes lo han ilusionado con tales y cuales embelecos políticos, en lugar de atender a sus efectivos problemas. Y así, sucesivamente, en otros sentidos traslaticios, siempre habrá de verse que enajenación, como alienación y los derivados de ambas voces, significan formas de cambio, alteración, transferencia de dominio, etc.

En la terminología marxista, además, y con estricta sujeción a la economía política, se llama alienación el proceso merced al cual el obrero no recibe el producto íntegro de su trabajo, pues entrega éste a empresarios que le pagan a cambio el salario o sueldo convenido, reservando para ellos el resto, la plusvalía. Esta alienación específica del trabajo humano ha sido extendida por algunos marxistas al conjunto de las relaciones sociales (de hombre a hombre, del hombre con el estado, etc.), y en consecuencia se habla a menudo entre ellos de alienación sin más detalles. La acepción señalada no forma excepción dentro del cuadro sugerido más arriba, y se la cita para hacer ver cómo el señor Dorfman atribuye a las palabras enajenación y derivados, una gama notable de significaciones.

Siendo todo esto así, no comprendo que se haya podido escribir lo siguiente:

Si podemos señalar los aspectos positivos y negativos de nuestra narrativa, clarificar las bases desde las cuales se construye una cosmovisión y se rehuye otra, si podemos enfrentar a los autores y a los lectores con el verdadero perfil de las obras, si podemos fundamentar una posición para una polémica posterior responsable y objetiva, más allá del chauvinismo y de las rencillas personales, entonces podremos también contribuir, de alguna manera, a la superación del enajenante estado actual de la novela chilena, síntoma de una vivencia nacional aun más enajenada (p. 110).

Copié todo el párrafo pertinente, a fin de no topar con el viejo y majadero efugio de que se aíslan palabras para hacer decir al opinante lo que no pretendió decir.

En el párrafo transcrito aparece bajo forma de dos voces dis-

tintas el mismo concepto sobre el cual deseo llamar la atención: enajenante y enajenada. Y a corta distancia vuelve la enfermiza obsesión del autor acerca del concepto enajenación. He aquí sus palabras:

La nueva novela chilena es la manifestación y el producto de la enajenación que sufre el escritor chileno, y de su incapacidad de enfrentarse a esta enajenación y derrotarla (p. 111).

Habría llegado el momento, acaso, de definir qué se entiende por enajenación, y cómo el escritor chileno de novelas (de las producidas en los últimos años, por lo demás) ha impuesto semejante proceso o estado al lector. Pero si se sigue leyendo, hallamos otras acusaciones y nuevos cargos para aquel escritor, y no en modo alguno aclarado esto de la enajenación. Y si se continúa la lectura habrán de encontrarse otros sitios en los cuales vuelve a notarse la obsesiva inclinación hacia el término enajenación, como se prueba en seguida:

Por el mero hecho de haber existido, de haber fracasado, de haber tocado ciertos temas, de haber planteado una renovación que fueron incapaces de realizar y que se desvió por caminos falsos, por el mero hecho de haber mirado nuestra realidad sin verla o viéndola a medias, de haberse negado a narrar sino indirectamente nuestro caos, nuestra marginalidad, nuestra enajenación, nuestra explotación, nuestro heroísmo, nuestra cobardía y corrupción, nuestro mundo, este único mundo que es nuestro, y nuestro en cuanto lo dominamos y lo conocemos y lo transformamos, en todos estos fracasos de los novelistas chilenos actuales y en algunos de los buenos libros que han salido de este proceso y que ya hemos ido mencionando, debido a todo esto, se han creado las condiciones para una nueva novela chilena, aquella que vendrá (p. 154).

Esta nueva citación permite, además, sustanciar con palabras del autor algunos de los cargos que éste intenta a la novela. Pero no cabe anticipar nada, y hay que guardar el orden de la exposición. Otra cita útil:

Y se termina por emponzoñar al lector, engañándolo, enajenándolo aun más de lo que está, al asegurarle que ese mundo que se muestra es la realidad y que él debe reconocerla (p. 166).

Y finalmente el autor, en aquella misma página, agrega esta última síntesis, digna de ser meditada:

La novela, producto del miedo y de la enajenación, crea más miedo, más enajenación. Es un círculo vicioso.

Pero eso de *finalmente* que he puesto hace pocas líneas admite alguna rectificación, pues dispersos en el escrito existen otros casos de empleo aberrante y morboso de la palabra enajenación y de sus derivados, como puede verse en la pequeña lista que sigue:

P. 126. ...esto obedece a una *enajenación* sexual en nuestro mundo contemporáneo...

P. 127. ...el sexo *enajena* a los hombres y a las mujeres...

P. 127. ...el sexo se ha *enajenado*...

P. 133. No se evoluciona hacia la *enajenación* de la personalidad.

P. 137. El individuo y su sufrimiento están *enajenados* en la masa tipificada.

P. 145. ...el héroe no es el hombre común saliendo de su *enajenación*...

P. 146. ...a una *enajenación* determinada de este momento histórico.

P. 148. ...vidas perdidas, irremediamente *enajenadas* por el destino...

A los lectores habituales de ensayos, es decir, de la literatura de ideas, sometida a grande estrictez de términos, se les puede ofrecer este cuadro ciertamente abismante. El de un escritor a quien no se le hace en momento alguno escrúpulo de repetir tantas veces, a lo largo de su escrito, una misma idea, a pesar de no ser ella el centro de su exploración. Esta obsesiva vuelta a enajenación, y sus derivados, invalida el estudio desde el punto de vista del ensayo, pues la forma generalmente aceptada para éste, desde que el género existe, es cierta pulcritud, agradable y donosa, cierta variedad amena y dulce, nada de lo cual concuerda con este pueril machacar en una sola voz, como si el léxico del escritor hubiera sido podado intencionalmente. Pero ¿cuál podría ser la intención? ¿Dar la sensación de indigencia léxica, o volver como en una pesadilla a los callejones sin salida y a las cuestas demasiado empinadas? Sea cual fuere la respuesta a estas preguntas, ha de acep-

tarse cuán difícil es leer un escrito en donde se repiten con tal inverecundia unos mismos conceptos.

Parece como si reconociendo lo poquedad de sus fuerzas para alcanzar a definir con mediano acierto el concepto enajenación, lo quiere introducir en sus lectores a fuerza de repetirlo, haciendo uso de un procedimiento psicológico harto conocido pero no siempre digno de aplauso. En la psicología de las multitudes se ha insistido mucho en esto de la repetición, y se confía en que las masas, merced a la debilidad espiritual que se les atribuye, terminarán por aceptar una idea, un concepto, una doctrina, norma de conducta, fe, sólo por haberlo oído decir o declamar con insistencia a un predicador o a un grupo de predicadores. ¿Eso ha pretendido este tardío discípulo de Menéndez y Pelayo, el señor Dorfman? No me atrevería a decidirlo. Creo más bien que él es uno de tantos engatusados con la palabra enajenación, a la cual nunca ha pedido una declaración explícita y satisfactoria acerca de su contenido, y ahora, en este ensayo, se reduce a imponerla en cualquier parte, a troche y moche. Si no se conviene en esta hipótesis, debería consentirse en el maquiavelismo del señor Dorfman, quien a sabiendas de que la palabra enajenación es como un talismán de mágicos poderes y acepta muchas connotaciones diferentes, la pone aquí para jugar con ella, a fin de extraviar al lector de su ensayo. Así extraviado y aturrullado (¿o enajenado?), dicho lector terminaría por decir amén a cuanto se le propina en el estudio. No digo que el mecanismo de persuasión por atontamiento sea el mejor, pero debe ser muy eficaz si lo emplea un autor de tanta perspicacia como el señor Dorfman.

*

Esto por lo que toca al concepto enajenación y a las demás palabras conexas; veremos en seguida algo semejante con relación al pasado, cuya imagen subyacente se divisa con mucha frecuencia en las páginas de este ensayo. Una cita:

Los clisés, los lugares comunes, la reiteración de las gastadas fórmulas del pasado (p. 112).

Tales serían, en el sentir del autor, algunos de los rasgos de la presente novela chilena. Algo similar en otro sitio:

Y esta concepción se debe, como veremos más adelante, a que la mayor parte de las ideas que se tratan de aplicar, no han sido asimiladas por el autor: se han importado desde fuera, desde el pasado, desde libros, generalmente desde Europa (sic), y el autor estima que, por su prestigio, deben ser esbozados y proclamados en la literatura (p. 118).

Palabras que convienen como gemelas a las que copio en seguida:

Esa visión les satisface porque aun no se han dado cuenta de que estamos en 1967 y de que el mundo ha cambiado, se ha complicado, y que los cánones del pasado no sirven, nunca servirán (sic), para interpretar el mundo del ahora (p. 140).

Y a las palabras que siguen:

Pero nuestros novelistas sólo pertenecen al pasado en el sentido de aceptar sus soluciones. No en el sentido de respetarlo mediante su incorporación y superación ni en el sentido de ver ese pasado en nuestra sociedad, en el hombre actual, aprisionándolo (p. 160).

En otra sección de su estudio, el señor Dorfman accede a darnos mayores precisiones todavía, cual puede verse en estas palabras:

Es evidente que en Chile el pasado mismo, como en toda sociedad, es una parte integrante, importantísima; en aquella parte que debe destruirse y continuarse para poder seguir adelante, es aquello que se fosilizó y transcurrió pero que se cree eterno, es aquello que encierra al hombre pero también aquello en que se debe basar el hombre para fundar sus actividades vitales (p. 161).

Y a la vuelta de algunas consideraciones más, esta observación que nada añade a lo ya visto, pero que es útil retener:

Es decir, si tuviéramos que juzgar la época actual por medio de nuestras novelas, se diría (y tal vez, desafortunadamente, se dirá) que estamos viviendo el pasado y no el presente (p. 162).

Pero el asunto no termina ahí. Me permití alterar ligeramente el orden de estas citas para poner al final, como epifonema, el sitio en el cual el autor, elevado sobre sus tacones, lanza su do de pecho, la nota máxima de su registro, aquélla en la que debemos ver resumidas al extremo sus aptitudes para odiar y despreciar. Las palabras que calzan en este caso son las siguientes:

Es decir, no están denunciando un mundo actual, sino un mundo pasado, ya que la forma, los personajes, el lenguaje, las situaciones, los temas, son todos productos de una protesta condicionada por otro tipo de realidad histórica, por otras soluciones y visiones. En este nuestro mundo actual, y especialmente en este nuestro mundo chileno, donde el pasado tiende a pesar y a gravitar sobre el futuro, tratando de detenerlo y frenarlo, de mantener un falso equilibrio ya adquirido, los novelistas misinos manifiestan este tipo de deseo: son, en este sentido, conservadores, reaccionarios. Son los representantes de un modo de ver pasado, que se disfraza de modernidad. Lo moderno está en la piel, no en la sangre; está en el parecer, no en el ser. Es la vigencia, en todo, de aquello que su época fue vanguardia, fue arte, fue quehacer histórico creativo, y ahora sólo es pasado, pasado, pasado (p. 161).

Creo que valía la pena alterar el orden de aquellas exclamaciones, para disfrutar al final de este ramillete ejemplar en todo. El ensayista, subido en un piso o en un andamio, gritando a toda la fuerza de sus pulmones *pasado, pasado, pasado*, viene a ser un ameno espectáculo. Pero no cabe detenerse en él, y doblaré la hoja.

Puede decirse que el autor muestra en su escrito una mentalidad sometida a morbosas obsesiones, porque esto de usar con tanta frecuencia unas mismas palabras, las cuales forzosamente han de provocar unas mismas imágenes, dista mucho de compadecerse con la libertad espiritual dentro de la cual sería ventajoso ver moverse al crítico de letras. Nótese bien que yo en momento alguno pretendo postular para éste un determinado deber, como hace el señor Dorfman, arrastrado por su mentalidad totalitaria, tema que afrontaré más adelante. Digo sólo que *sería ventajoso* ver al crítico manejar un surtido más amplio de ideas, y no confinarse en un par de conceptos que sirven de clave y sin los cuales (suponiendo que pudieran ser olvidados dentro del conjunto) todo el andamiaje

creado por el autor cae ruidosamente al suelo. No. La crítica de letras es algo más, y procura comprenderlo todo mediante aproximaciones sucesivas, tanto más profundas cuanto mayor sea la ilustración y la lucidez del crítico que la ejerce. Procura también no imponer sus puntos de vista, no amenazar, no oprimir el pensamiento ajeno. Finalmente, procura hacerse respetable por medio del tono persuasivo, en donde no cabe intolerancia, agresividad ni falta de respeto a las ideas y al hombre que las emite.

*

Conforme la promesa, señalé los sitios donde aparece adorada como fetiche la palabra enajenación, y donde se habla del pasado en términos exaltados, carentes de ponderación, con tono a veces delirante y casi siempre desmedido. Pero esas citas permiten ver algo más. Allí están los cargos del autor contra la novela chilena, a fin de mostrar al lector la deficiente calidad de ésta; o si se prefiere la expresión propia del señor Dorfman, en su inimitable estilo, he aquí la sentencia:

Con analizar, como hemos hecho, las novelas mismas, su construcción, su temática (sic), su estructura, su lenguaje, etc., se llega a la misma conclusión: la novela chilena de hoy es mala (pp. 165-6).

Podría decirse, con expresión de Jaime Valdivieso, que se lleva hoy la moda de "hablar con tono displicente y desdeñoso de la novela chilena", si no fuese que las calificaciones sacadas de su seno por el señor Dorfman van mucho más lejos. Ciertamente es que de vez en cuando se le nota en actitud de despreciar el esfuerzo realizado, con notable ingenuidad, por un puñado de escritores de los últimos años; pero lo más frecuente en él es la ira, la cólera, la saña reiterativa, la rabia, la indignación, cierta furiosa actitud acometiva, en la cual parece divisarse el intento de que todas aquellas novelas desaparezcan, sean anuladas, a fin de que nadie más, en

cualquier fecha de la historia, pueda perder el tiempo en su lectura. Posición espiritual parecida a la de ciertas hordas que en Alemania y otros sitios de Europa, en años recientes, quemaron efectivamente tales y cuales libros, a fin de no verlos en manos profanas. Creían esos individuos, como Dorfman ahora, que su solo juicio, su solo criterio, su opinión, su parecer, su gusto, eran los únicos posibles, y que de consiguiente cuanto se alejara de allí podía ser destruido. Pero creían además que no era legítima la existencia de nada distante de su gusto y conveniencia, y por lo tanto los libros *debían* ser destruidos. Y los destruyeron. Es decir, destruyeron algunos ejemplares, no todos...

*

Contemplaré en seguida el ensayo bajo otro aspecto.

¿Qué debe entenderse por novela chilena actual? El asunto aparece explicado con alguna latitud (p. 111), de modo que se me permitirá reducirlo. "He decidido —dice— poner como límite temporal el año 1960, estudiando como una unidad la narrativa de estos últimos siete años". Me apresuro a establecer que juzgo en todo legítima la segregación intentada por el señor Dorfman, esto es, el estudio sólo de las novelas publicadas de 1961 a 1967; pero se me ocurre sugerir que acaso los resultados del diagnóstico habrían cambiado si el tratadista ve *todas* las novelas de ese período y no sólo algunas. Si el médico a quien llamo para que me diagnostique una enfermedad no toma en cuenta tres o cuatro de los síntomas que yo presento, ¿no podría temerse que errara en aquel diagnóstico? Pues de eso se trata: de observar corrientes y tendencias efectivamente presentes, de señalar constantes y líneas comunes, con la frecuencia estadística que permita concluir algo.

Me parece condenable, además, que a una fracción tan breve de tiempo se apliquen fórmulas tan condenatorias. En cualquier país del mundo, en cualquier época, sea cual fuere la lengua que se es-

tudie, siempre se habrán observado períodos de pobreza literaria, de *vacas flacas* para decirlo en una expresión consagrada, de los cuales nada puede predicarse en general. Lo grave, como se ve en este caso, es que el severo diagnóstico del señor Dorfman, formulado con las palabras más denigratorias registradas en el léxico, haya sido aplicado a tan breve lapso. Y tan estrecho le parece a él mismo, que dedica una extensa nota (pp. 147-9) a Manuel Rojas, quien sale fuera de aquella limitación temporal y cuya obra le merece atención y le despierta algunos aplausos, tímidos, encogidos, y llenos de inquietantes reservas, pero aplausos al fin. Es decir, el propio señor Dorfman se da cuenta de que el estricto marco de su ensayo propendía a desfigurar el panorama.

Es nota característica del estudio que comento el que muchas de las novelas mencionadas y aludidas no figuran por los nombres de sus autores sino sólo por sus títulos: medida inspirada acaso en el deseo de no hacer demasiado personal la censura. Yo, por mi parte, también he seguido y seguiré este uso y no mencionaré a ningún novelista si el propio señor Dorfman no lo ha mencionado.

¿Y qué llama la atención del crítico en aquella masa de novelas? Óiganse algunas palabras típicas:

... Una temática (sic) falsa llena de problemas irreales, la visión de la burguesía y del proletariado, la frecuencia de las frustraciones sexuales, la superabundancia de adolescentes, criminales y viajes al extranjero... la estructura caótica, desintegrada, sin un eje centralizador significativo. El lenguaje retórico y no poético. Los clisés, los lugares comunes, la reiteración de las gastadas fórmulas del pasado. La despreocupación por el idioma o por la asimilación efectiva de nuevas técnicas. La función de mera entretención. La falta de rebeldía frente a la sociedad (p. 112).

En términos generales, el autor está describiendo, pero no condenando, porque una excelente novela de entretenimiento (o distracción) podría lograrse dentro de aquellos rasgos, salvo, naturalmente, algunos que la postrarían en nivel muy vulgar. Pero en particular el asunto merece algún examen, y será de cajón brindárselo.

1. La *irrealidad* de los problemas de la novela de unos cuantos años recientes, es una posición apodíctica en la cual se atrinchera el autor de principio a fin de su texto, sin que en modo alguno avance una prueba convincente. ¿Por qué va a ser irreal un caso de adulterio, si el novelista da los rasgos psicológicos adecuados para entenderlo?

2. La *frecuencia de las frustraciones sexuales* . . . Bien; pero es igualmente un tema como cualquier otro. Lo que sí parece haber habido en los novelistas de las nuevas hornadas es un sorpresivo intento de escarbar en realidades de la vida íntima donde otros novelistas chilenos, sus hermanos mayores, no habían insistido. Yo no reprocho a los nuevos su insistencia en ese tema; pero si se me pidiera un consejo, daría el de que fuera bueno ver algo más allá y no seguir ahondando en un mismo rincón del vivir, en donde parecen haberse aglomerado todas las suciedades posibles.

3. Los *adolescentes* no figuran porque sí en las novelas chilenas recientes, sino que los propios autores —algunos de ellos, no todos— rememoran etapas de su vida algo anteriores a la fecha en que entraron a escribir. Se trata por lo común de novelas en cierto grado autobiográficas, sesgo que no es en sí reprochable.

4. Los *criminales* no habían comparecido en la novela chilena de períodos anteriores, y de pronto unos pocos escritores nuevos se atreven a estudiarlos. ¿A qué la censura? El panorama de la experiencia humana en la novela se ha enriquecido así con un grupo ayer no aceptado.

5. Los *viajes al extranjero*. Es característico del escritor chileno —generalmente muy menguado de recursos— el viajar poco, por la sencilla razón de que la geografía del país así lo impone: Chile está lejos de los centros culturales a que podría sentirse atraído el escritor, y en consecuencia los viajes son muy caros. Una de las más notorias excepciones, la de Joaquín Edwards Bello, confirma justamente la regla, pues tal escritor pudo viajar, de muchacho y de joven, merced a la fortuna de su familia. En los últimos años las cosas han

cambiado. Los viajes en avión son relativamente más baratos que en barco, y muchas invitaciones y becas se han extendido a jóvenes a quienes, en otros años, jamás se habría llevado a parte alguna. A mí en realidad me parece pueril la observación. ¿Qué tiene de malo contar viajes efectivamente realizados? La novela confinada en una sola tierra puede inclusive rellenarse con detalles curiosos, y hasta interesantes, si los escritores entran en contacto con otros seres. Y podría ser que este material no haya sido bien aprovechado; pero la censura del señor Dorfman no se detiene en eso. Lo que le choca es la superabundancia de . . . viajes al extranjero.

6. *El lenguaje retórico y no poético.* Toda forma de lenguaje encierra una retórica; la poesía, lo poético, es otra categoría espiritual. No se comprende cómo persona tan afecta a la más encumbrada terminología filosófica no ha caído en la diferencia. Ahora bien, si no se puede condenar la aparición de una determinada retórica (el señor Dorfman también usa una), podría condenarse la mala retórica, esto es, la que contemple "clisés, lugares comunes" si se me permite emplear los propios términos del ensayista. Pero es aquí donde el estilo apodíctico del señor Dorfman lastima más a fondo el tejido de su estudio. Es allí, efectivamente, donde deben producirse pruebas, testimonios, a fin de convencer al lector de cómo es verdad lo que se dice y no simple fantasía del agrio comentarista. Nos quedamos esperando la prueba . . .

7. *Despreocupación por el idioma.* Una vez más, carencia absoluta de pruebas, las cuales en materia de léxico y de articulación del estilo son absolutamente indispensables. Por lo demás, el novelista chileno, sea de las más recientes promociones, sea de otras, ha sido criado en un ambiente que rehúsa, a veces en forma enérgica, cualquier enriquecimiento del léxico, y opta por la llaneza algo rústica, con muy reducido elenco de voces. Es un hecho de fácil comprobación, y ha sido denunciado muchas veces. Dadas las cosas así, no se ve cómo iba a ser precisamente el novelista quien rompiera la

general convención dentro de la cual se vive en Chile, la de que pocas palabras bastan para la buena inteligencia de todos.

8. *Función de mera entretenición.* La posición aberrante en que se coloca este retardado discípulo de Menéndez y Pelayo explica por sí sola tan peregrino cargo. No es delito crear novelas de entretenimiento, y muchos lectores nada despreciables por el nivel de su cultura, las buscan y las prefieren. Pero, además, la masa de novelas que el señor Dorfman cita en apoyo de su observaciones, indicando así que es en ellas donde ha podido coger las bases empíricas de su condenación teórica, lo desmiente con aplastadora elocuencia. Bien o mal concebidas, bien o mal ejecutadas, que es otro asunto, dominan en ellas por el número las novelas donde se plantean algunas tesis y ciertos problemas, y en último término el pasmo del hombre ante el mundo, pasmo que abre paso a la meditación o a la angustia y, a veces, a las dos cosas.

9. *Falta de rebeldía frente a la sociedad.* Volvemos a caer en el terreno delirante. ¿De dónde ha podido sacar el señor Dorfman tan majadera observación? Insistamos en que no todos los hombres son rebeldes, por su propia naturaleza, y que en ellos adoptar la postura de la rebeldía (para darle gusto al señor Dorfman, por ejemplo) sería una difícil intentona de falsificación de la propia personalidad, que a nada conduce.

En otra parte el autor dice:

Santiago es el espacio literario (sic) menos mencionado en la literatura chilena. Recordemos que el Buenos Aires de ayer existe hoy y ahora, solamente (sic) porque los escritores pudieron expresarla, recordarla, vivirla. ¿Por qué Santiago no tiene cabida en nuestras novelas? (p. 135).

Esta singular ceguera que perturba el criterio del señor Dorfman ha de tener una causa que acaso a la sicología compete descubrir. Mi papel no llega tan lejos. Me limito a indicar que cuando una ciudad pasa a la novela no es de un *espacio literario* del que se habla sino de un conjunto urbano, el cual no alcanza la dimensión litera-

ria sino en la obra literaria (perdón por las repeticiones, ahora indispensables).

La ceguera es notoria. Para el señor Dorfman no existen novelas de Santiago, al parecer, en ninguna época de nuestra historia literaria, cómoda negación que suprime, de una plumada, *Martin Rivas*, *Durante la Reconquista* y sobre todo *El Loco Estero*; pero si se singulariza la observación al período escogido para la exploración, debería probarse que Santiago tampoco existe en novelas como *Mañana los guerreros*, *Novela de Navidad*, *Muy temprano para Santiago* (mentadas en las pp. 113-14), ni en *A la sombra de los días* (mentada en la p. 119), ni en *Patas de perro*, *La derrota*, *El peso de la noche* (enumeradas en la p. 122), ni en *Este Domingo* y *El cepo* (que el autor cita a la p. 126), ni en *Coronación*, *La eternidad no es mía*, *Punta de rieles*, *Mejor que el vino*, *Sombras contra el muro* (p. 143), ni en *La brecha*, *Islas en la ciudad* o *Cuerpo creciente* (mentadas finalmente por el señor Dorfman a la p. 147). Esto es cuanto cabe de irregular, y casi me atrevería a decir atrabiliario. ¿Por qué se niega un hecho cierto que salta a la vista de todos? En aquellas obras aparece la ciudad de Santiago como telón de fondo para la acción, sin perjuicio de cobrar además, de vez en cuando, dramatismo esencial para la debida inteligencia de la obra. Y es tanto más atrabiliaria la observación cuanto que, por ejemplo, en novelas como *Mañana los guerreros* y en *A la sombra de los días*, parte fundamental del núcleo dramático lo da el suceso de 5 de septiembre de 1938, de singular prominencia en la historia política de Chile y ocurrido precisamente en Santiago, la capital de la nación. No es inoportuno decir además que a esas dos novelas dedica el señor Dorfman una nota especial (p. 162) para discutir las en varias de sus dimensiones, extremo imposible si no las hubiera leído. Difícil le sería asilarse en que la rápida inspección del material le haya impedido detenerse en pormenores.

Es de justicia, en fin, señalar que el nombre de Santiago figura en el título de una de estas obras, *Muy temprano para Santiago*,

lo que bien pudo despertar la atención del autor. *Islas en la ciudad*, de otra parte, no menciona precisamente de qué ciudad se trata, pero basta recorrer algunas de sus páginas para darle nombre: es también Santiago. Las líneas que di más arriba forman parte de un estudio del señor Dorfman, citado por él mismo y publicado "a mediados de 1965". Lo que nos permite llegar a la dolorosa conclusión de que esta ceguera o daltonismo en virtud del cual el señor Dorfman niega la evidencia a lo largo de su ensayo de hoy, tiene raíces algo más profundas y abarca un apreciable espacio de tiempo. La insistencia acusa redomada contumacia.

Más adelante el señor Dorfman señala en la novela del período que ha tomado para el examen de su artículo, "la inclusión abrumadora" de personajes de los bajos fondos, como delincuentes (diez novelas), bandoleros (tres novelas), vagabundos o pícaros (cinco), terroristas (tres); y agrega la siguiente reflexión:

Júntese a esto, la cantidad de prostitutas, mendigos, asesinos, detectives, que recorren las novelas chilenas actuales, y se tendrá un cuadro muy desolador de nuestra cosmovisión actual (p. 143).

Es posible convenir con él, si el autor aclara con el rigor debido lo que quiso señalar con el extraño vocablo *cosmovisión*. Pero sea cual fuere el significado del terminacho, cabe una reserva legítima. Es verdadera la abundancia de esos personajes de conducta irregular, si bien el detective (por mencionar uno solo de los tipos enumerados por el señor Dorfman) no observa conducta irregular sino, al revés, es representante titular de la autoridad encargada de aplicar la ley. Podría suponerse que el novelista chileno ha obrado en este caso bajo el impulso de dos sentimientos:

1º Aceptó el desafío de la novela de algunas naciones extranjeras en donde se ha dado también extraña simpatía por los seres irregulares, hasta el punto de que una enumeración como la organizada por el señor Dorfman en la p. 143 de su estudio, podría asimismo llevarse a cabo en la moderna novela francesa, alemana, italiana,

española, norteamericana, argentina, etc. El novelista, quiera probar una tesis o no, imagina que ellos pueden decir algo nuevo, insólito, peregrino, que la novela tradicional no había estudiado a cabalidad, o no había estudiado en absoluto. Una vasta corriente de novelistas de las últimas horas, en varios idiomas, muestra atenta curiosidad por las vidas de personajes destituidos, o amorales. Nacen novelas de la prostitución, de la homosexualidad, de la cárcel, etc. Proliferan adulterios, obscenidades crudamente elevadas a la categoría de grandes símbolos de la vida moderna y aberraciones sexuales, de las mismas que en Chile han llamado la atención del señor Dorfman. La novela cultiva con cierto ardor la fealdad de la naturaleza humana. No tiene ya miedo de provocar en el lector reacciones de asco o de horror. Se ponen en duda antiguas y respetadas tradiciones. Todo esto, hecho de pública ocurrencia, que no cabría negar, se da precisamente en las novelas de naciones extranjeras que la propia crítica suele mostrar como paradigmas.

Convento en que es frívolo dejarse llevar en la corriente de la moda, pero se podría examinar en cuál de las cosas del mundo contemporáneo se vive totalmente indemne de los contagios espirituales que franquea la ardiente y subitánea comunicación dominante en el mundo de hoy. Y para el caso no hago exclusión de la crítica literaria, en donde también se dan modas.

2º Descendió del pedestal que le proporciona la cultura (la cual, en el caso del escritor chileno, es hartamente elevada con relación al medio ambiente), para completar el cuadro de experiencias vitales que necesita el ejercicio de la novela. Es posible suponer que una vez pasado este período de frenesí, recuperado el equilibrio, dentro de pocos años no se escriba tanto sobre esos personajes anormales, tan chocantes para el fino paladar del señor Dorfman, y se nos ofrezca una novela sana, robusta, bien integrada. Esta oscilación dialéctica no es sólo previsible sino que puede preverse por multitud de casos coincidentes en la historia literaria.

Tales observaciones son útiles, acaso, en presencia de la abe-

rrante conclusión que obtiene el señor Dorfman de los ejemplos mencionados. Dice, por ejemplo:

Es evidente que la cantidad de seres humanos en nuestro país que viven en condiciones subhumanas ha ayudado a crear este tipo de literatura. Pero eso tampoco podría explicar el porqué de este personaje; es evidente que de alguna manera representa la actual visión chilena del mundo, tal como su primo, el adolescente, también expresa el sentimiento nacional (p. 145).

Hasta allí todo discurre en terreno normal; la aberración viene en seguida:

Detrás de estos personajes, de estas manifestaciones vitales, hay una experiencia básica de marginalidad. El hombre chileno actual se siente marginado de la sociedad, de la ley, de la vida. Siente que pernocta en la orilla de la existencia, mirando pasar la realidad. (Por eso, también, la frecuencia de personajes-espectadores). Es evidente que la fascinación abismante que este tipo de personaje ejerce sobre los escritores chilenos y su público corresponde a un modo de ver nacional, a una enajenación determinada de este momento histórico (pp. 145-6).

Salvo el uso de la consabida palabreja *enajenación*, que nadie sabe qué velas lleva en este entierro, todo lo demás merece un comentario. Porque, una de dos, o el señor Dorfman acepta que en la vida chilena existe difundido un sentimiento de marginalidad, en virtud del cual muchos seres que podrían en otras condiciones ser normales, se dejan llevar de anomalías de la conducta que bien pueden ser transitorias, como es el caso del terrorismo político en algunas novelas vinculadas al año 1938, hecho histórico y no mera invención del narrador; o no acepta la presencia de semejante sentimiento. Pero ya vimos que lo aceptaba, pues en las citas hechas de sus palabras aparece afirmado así, en términos inequívocos.

Siendo el estado social de Chile cual lo denuncia el señor Dorfman, ¿qué tiene de raro si el novelista trata de reflejarlo en sus obras? Casi podría decirse que era lo que competía hacer, pues la novela explota la realidad circundante, dándole animación mediante la acción dramatizada de tales y cuales personajes. Nos encontraríamos, otra vez, ante un fenomenal trastabillón del señor Dorfman.

Si pretende conocer bien la realidad social de Chile, por haberla frecuentado y aun por haberla estudiado en los libros, hasta el punto de hablar de marginalidad, ¿a qué viene reprochar al novelista el haber pretendido llevar aquella marginalidad a sus creaciones? Yo no podría hacer capítulo de ello al novelista contemporáneo de Chile. Si creyera como el señor Dorfman en aquella marginalidad, diría que hace bien el novelista cuando trata de reflejarla en sus obras. Lo que pasa es que no veo en Chile mayor marginalidad hoy que en otras horas de la historia nacional. Al contrario. Los esfuerzos de las instituciones de autoridad, educación, asistencia, caridad, salud, etc., de que dispone la masa popular de Chile (es decir, todos los chilenos), propenden a reducir la marginalidad, provocando, robusteciendo y afianzando una progresiva interdependencia. Y sería un tanto necio asegurar que esos esfuerzos son baldíos y estériles y no han producido resultado alguno; porque, además, sería preciso probar que hoy, en 1968, los fenómenos de marginalidad son más hondos y graves que en 1910 (por dar una cifra convencional que a nada obliga), prueba infinitamente más compleja y que, desde luego, corresponde al señor Dorfman por haber lanzado él semejante asunto al debate.

Como nota final a propósito del tema, puede recapitularse lo que es marginalidad. Del contexto ofrecido por el señor Dorfman se entiende que es marginalidad (derivado de margen) el sentimiento de segregación que sufre el individuo a quien las circunstancias sociales o de ambiente obligan a vivir en poblaciones improvisadas, sucias, mefíticas, sin servicios comunales eficientes, sentimiento agravado sin duda si el país aparece inepto para aportar soluciones a tan grave situación. De las incomodidades meramente materiales (vivienda caótica, etc.) se pasa a esferas superiores, y el hombre marginal vendría a ser un sujeto desposeído del sentimiento de solidaridad nacional, indispensable para que un pueblo sea a la vez nación y estado en el sentido político.

Insisto en que entendidas las cosas de este modo, la sensación de

marginalidad tiene que ser en Chile hoy mucho menor que en cualquier otra época de la historia.



Es nota característica del escrito del señor Dorfman la intercalación de pocas pero muy extensas notas de pie de página, en donde el autor procede a rozar temas que en forma tangencial pueden interesar al lector. En una de ellas, pp. 134-7, acaso la más larga de todas, se habla de costumbrismo y se exhibe, naturalmente, a los escritores de las nuevas generaciones repitiendo en forma servil las recetas que pudieron ser captadas en obras escritas en otros años. Debe entenderse, eso sí, que costumbrismo no es criollismo. Dicho de otro modo: dada la organización usual de la novela, y mientras no se logren en el género innovaciones trascendentales de estructura, parece inevitable que dentro de las páginas novelescas haya descripción de algunas costumbres y usos de los grupos humanos incorporados en ella. Eso es precisamente costumbrismo. Temo que el señor Dorfman, en la nota mentada, haya confundido costumbrismo y criollismo, y por eso me apresuro a dejar consignada esta ligera salvedad. Las palabras que siguen han sido escritas sin apelación a la posible confusión, y deben aplicarse sólo a cualquier indicación de costumbrismo que se encuentre en el artículo del señor Dorfman.

La condenación del costumbrismo, si la hay, prueba además la falta de ponderación del señor Dorfman, cuyo estudio es todo un *à peu près* hartamente desventajoso para el nivel adquirido a estas horas por la crítica literaria de Chile. La acción dramática queda petrificada en la ópera cuando se da entrada al tenor o al barítono para entonar un aria, y se reanuda sólo una vez que aquella intervención ha tenido respuesta, o en cualquier coyuntura propicia. Del mismo modo, el costumbrismo usualmente hace apartes para que el lector admire ciertas escenas intercaladas, con las cuales el autor pretende conferir "color local" a su obra. El procedimiento no puede ser

juzgado malo o bueno en sí, aisladamente, sino en relación a los resultados. Si la intercalación parece forzada, si la escena interrumpe un vivo movimiento dramático, si se prolonga en exceso, si en ella intervienen seres en nada relacionados con el núcleo central activo de la novela, bien podremos entonces condenarla. Pero si ello no es así, el procedimiento parece tan legítimo y conducente como cualquiera otro.

Por lo demás, no son la literatura y la ópera las únicas especialidades en las cuales se da ésta que hemos llamado provisionalmente petrificación del movimiento. En escultura ocurre lo mismo. Un caballo que alza la pata, como si estuviera marchando, nos indica en la estatuaria aquella petrificación, y muestra cómo el artista aspiró a captar el movimiento dentro de un ramo que aparentemente le era en todo incompatible. Laocoonte se debate furiosamente con la serpiente, y en el arracimamiento de sus músculos muestra la contorsión a que ellos hubieron de ser sometidos, contorsión que la escultura no puede ofrecer en forma sucesiva. La petrificación es aquí literal, pues aquellas esculturas por lo común se hacen en piedra (mármol, etc.).

*

Lo más chocante en este estudio es la deficiente acomodación de los instrumentos de examen dispuestos por el autor, pues todos aparecen como descuajados de sus respectivos ejes, descentrados y sometidos a un extraño proceso de distorsión o deterioro. Ya se vio esto al comentar, de paso, las veces que el autor emplea la palabra enajenación y otras conexas. Puede observarse algo semejante ahora respecto del pasado. De que lo odia no caben dudas, pues lo declama así con cierta tozudez; pero una cosa es odiarlo y otra distinta saber exactamente qué es el pasado y qué parte juega o llena en nuestro existir. En la p. 140 el señor Dorfman había dicho que los autores chilenos "aun no se han dado cuenta de que estamos en

1967 y de que el mundo ha cambiado, se ha complicado, y que los cánones del pasado no sirven, nunca servirán, para interpretar el mundo del ahora". ¿Será verdad tanta grandeza? Pues no es verdad, y en consecuencia el ensayista desbarra cómicamente o en forma dramática, y macula sus observaciones con este pecado de origen. La proposición es demasiado absoluta. El Manifiesto Comunista remonta a 1848, es decir, cuenta algo más de un siglo, y sin embargo alguna vigencia conserva si conforme sus preceptos y normas se han organizado varias naciones de estos días, precisamente de estos días, no del pasado. La Revolución Francesa comenzó en 1789, y conceptos como los de libertad e igualdad, que en algunas partes siguen como aspiraciones, fueron proclamados entonces. Llevado de su inclinación negativista, puede el señor Dorfman negar también eso, y entonces me verá obligado a retroceder en el tiempo, esto es, a hundirme más en el pasado que tanto odia. ¿Ha oído el señor Dorfman hablar de Jesús? Pues aquel apóstol, o como se le quiera llamar, deslizó en su predicación algunos conceptos de convivencia social que todavía se discuten, dentro y fuera de la iglesia.

¿Será verdad que el pasado ha muerto? ¿No sería más justo decir que estamos inmersos en él, y que hartos esfuerzos cuesta saber, siquiera por curiosidad, cuánto permanece intacto y cuánto efectivamente ha perdido vigencia? Y la tarea de ampliación de la cultura y difusión de sus frutos, ¿no será en parte discernir con finura y sensibilidad esto mismo que el señor Dorfman confunde toscamente en una sola condenación al pasado?

Insisto pues en lo dicho más arriba. Los instrumentos espirituales de que solemos hacer uso en las discusiones de ideas, el señor Dorfman los manipula al revés o los ha recibido malbaratados. No sirven para el caso. Le engañan, como le engañaría una brújula si en lugar de marcarle el Norte le indicara el Poniente.

De allí el increíble diluvio de expresiones despectivas que el señor Dorfman aglomera en su escrito, para denostar en globo... ¿A quién? A un grupo grande o pequeño de contemporáneos suyos,

quienes han creído posible hacer novela, más o menos con el mismo grado de ingenuidad y de candor puesto por el señor Dorfman en su tarea de cultivar la crítica. Aquéllos creyeron hacerlo bien, y sin pedirle permiso al señor Dorfman publicaron sus libros. El cree asimismo que lo hace muy bien, y lanza su escrito. Parece como si para juzgar de este problema tan remontado, fuera preciso impetrar la decisión de un árbitro, entendiéndolo, eso sí, como tal árbitro a una persona muy distante de las querellas internas de la literatura chilena, una especie de homúnculo desprovisto de toda suerte de raíces en Chile, en América, en el globo terráqueo. De otra suerte, siempre habría de parecer al señor Dorfman sospechoso de parcialidad: tal es el fuego de odio que le encandece la expresión en ciertos instantes.

El deporte de la negación de la literatura chilena, a todo trance, a velas desplegadas, a tambor batiente, señalado al comienzo de estas líneas, en manos del señor Dorfman se convierte en otra cosa. Si él habla en nombre de la crítica literaria, actividad del espíritu a la cual desea vincular su nombre, entonces nos hallaríamos en presencia de una lucha intestina, tan reñida como sin cuartel y sin contemplaciones. Aceptando como legítimo que un crítico embista contra los novelistas (¡todos los novelistas!) de un determinado espacio de tiempo, sería asimismo legítimo que los novelistas embistieran contra los dramaturgos, los ensayistas contra los críticos, los poetas contra los autores de artículos de costumbres, y así sucesivamente todos los grupos, subgrupos o grupúsculos en que puede dividirse en un momento dado el elenco activo de las letras de una nación. Se trata, al parecer, de organizar una ilimitada merienda de negros, donde todos los escritores chilenos se magullen, se muerdan y abofeteen, se den de patadas, se acribillen a tajos y a tiros, y se trata además de que nada se perdonen unos a otros, a fin de que nunca pueda planear sobre ellos ninguna forma de solidaridad nacional. Deben sentirse enemigos, y de consiguiente procurarse el mayor mal posible, en proporción a las fuerzas de cada combatiente.



No podría decirse, sin embargo, que el mensaje final del señor Dorfman sea sólo negativo. Nada de eso: hay asimismo afirmaciones, y algunas muy tajantes, como si el parecer del crítico hubiera de ser impuesto despóticamente a los demás mortales, sin pedirles su opinión, aun cuando no les agrade o no exista consenso acerca de su viabilidad. Veamos un ejemplo. El escritor dice:

Ya dijimos que todo acto comunicativo, literario, es de por sí un acto social. Pero esta afirmación encierra ciertas complejidades: todo hombre, y con más razón el artista, debe vivir en su época, en su humanidad actual, y paradójicamente, estar en contra de su época, oponerse a su sociedad (p. 159).

Me permito llamar la atención del lector a las formas imperativas lucubradas por el señor Dorfman para exponer estas ideas. No se trata de respetar la individualidad de los artistas, algunos de los cuales pueden ser de natural plácido y carecer de acometividad. De ninguna manera: *todo hombre debe* . . . estar en contra de su época, oponerse a su sociedad. El tradicional respeto a la personalidad humana, en cuanto escriba en dejar a cada quien producirse como le plazca y actuar conforme su leal saber y entender, a condición sólo de no perturbar la vida ajena, queda arrasado en la doctrina del señor Dorfman. *Los hombres deben* hacer tal y cual cosa y oponerse a tales y cuales otras. Este lenguaje totalitario, ajeno al equilibrio de las potencias intelectuales de los hombres en sociedad, ha sido por desdicha aceptado en el seno de una publicación como los *Anales de la Universidad de Chile*, que se jacta de existir desde 1843. Ha de notarse que de esa fecha a hoy se sucedieron muchas y graves alteraciones políticas. Los *Anales*, con la Universidad de Chile misma, han sobrevivido a tales mutaciones. ¿Por qué? Pues porque no logró predominar nunca en Chile la actitud matonil y totalitaria a que me vengo refiriendo. El más elemental trato con la historia de Chile convencería al señor Dorfman de que siempre se

ha procurado en este país respetar la espontaneidad en el albedrío del hombre, y sobre todo la espontaneidad del artista.

Haciendo uso igualmente de estas formas totalitarias de lenguaje, el señor Dorfman especifica, en páginas sucesivas, cuál es el *deber* de los novelistas. Refiriéndose al orden social escribe las siguientes abismantes palabras:

Porque aunque la mayoría de los autores chilenos no están de acuerdo con el orden establecido, la denuncia misma de este estado toma una forma preterita. Conviven con ese orden. No le declaran la guerra (p. 161).

No cabe duda sobre que el señor Dorfman ama la beligerancia, la lucha, esto es, la guerra, nombre habitualmente dado al instinto pugnaz que lanza a unos hombres contra otros, en un proceso cuya finalidad suprema es que los vencidos hayan de recibir la ley de los vencedores. En primer lugar, avanza una generalización anticientífica: la mayoría no está de acuerdo con el orden establecido. ¿De dónde lo saca? ¿Quién se lo dijo? No me venga con el cuento de las intuiciones en virtud de las cuales podemos adivinar algo que nadie ha dicho, porque para hacer una afirmación de este jaez haría falta un poco más que la intuición. Por lo demás, el no estar de acuerdo con el orden establecido acepta muchas diversas interpretaciones. Hay quienes quisieran reformas, pero por instinto, por cálculo, por estudio, por temperamento, por el carácter determinado de su ilustración, prefieren que no haya cambio alguno si tal cambio ha de hacerse al precio de una violencia. ¿Es a tales personas a quienes el autor quiere insertar dentro de aquella mayoría de los autores chilenos? Pues estaríamos aviados. Así se logra mayoría para cualquier cosa. Mejor dicho: para cualquier despropósito.

En seguida dice que *no le declaran la guerra*. El ser escritor no otorga siempre a un individuo la arrogancia necesaria para declarar la guerra al orden social. El espíritu totalitario del señor Dorfman debe aceptar que el mundo propugnado por él sería imposible establecerlo si cada uno de los súbditos de ese futuro estado se sintiera

con fuerzas para desafiarlo. ¿Por qué disparar contra quienes respetan el orden establecido de hoy si en el estado totalitario, como es de rigor, no se admite discrepancia alguna con el orden? Pero estas posiciones dialécticas no se le ocurren al joven ensayista, y parece difícil hacerle consentir en ellas, dada la intrínseca calidad totalitaria de su pensar, la cual angosta los canales de la percepción y del juicio.

Vamos en consecuencia a algo más doméstico. Ciertos escritores ejecutan operaciones literarias de tono menor, muy respetables sin duda, en donde no cabe la oportunidad de pronunciarse sobre los problemas del mundo, ni siquiera sobre los problemas nacionales. Forzaría su índole el escritor modesto, de vuelo no muy alto, si quisiera lanzar de vez en cuando su clarinada en asuntos que a lo mejor ni siquiera conoce, o por no haberlos estudiado, o por carecer de afición a contemplarlos. Estas reservas de prudencia, de sentido común, de saludable conducta literaria, no rigen para el señor Dorfman, quien desea ver a todos los escritores regimentados y hechos unos tigres (de papel sin duda) para lanzarse contra el orden establecido. Hay algo de risible en este tono provocativo. ¿A qué viene el endiosamiento de la rebeldía, y precisamente en ese medio? Porque para quienes no son escritores debe recordarse, ahora por lo menos, que el escritor no es el ser más apto para desarrollar esas pugnaces funciones bélicas a que lo empuja el señor Dorfman. No practica la vida física, prefiere la de gabinete, y el hacer la producción literaria que lleva su nombre —grande o chica, lo cual es otro cantar— le aleja de los sitios militares o paramilitares en donde pudiera entrenarse. El señor Dorfman, que debiera saber esto, quiere en tanto que el escritor haga el fuerte, se entone, gallardee, se anime, bufé o chille, salga de su cascarón y... *declare la guerra a la sociedad* en que vive. Sería una guerra de mazapán y de tazas de chocolate, o de café; es decir, sería una guerra más para la risa que para el llanto.

Pero hablando en serio, es harto lamentable el espectáculo que

ofrece el señor Dorfman con estas nada disimuladas incitaciones a la violencia y a la pugnacidad. La meta de los hombres cultos de todas las naciones parece haber sido, por lo menos en los últimos dos siglos, la proscripción de la guerra y una correlativa propaganda de los bienes de la paz, de la cual se espera el disfrute ordenado de todas las adquisiciones del progreso. Esta meta, además, ha sido compartida por las religiones, que predicán la paz a los hombres y procuran inclinarlos al amor, les indican la caridad como camino y les señalan las virtudes que acarrea consigo el perdón de las ofensas y la ventaja espiritual que logra la conciencia al no responder a la fuerza con la fuerza, como suelen hacer los impacientes y los díscolos. Existen ciertamente guerras y conflictos, por todas partes; pero que hay una aspiración general a la paz, por lo menos entre los hombres del espíritu (artistas, pensadores, literatos, etc.), sería difícil negarlo.

En ese ambiente irrumpe con la mayor inoportunidad el señor Dorfman, cuya ideología subyacente se revela totalitaria, por la ausencia de la tolerancia, y cuya prédica para lograr la guerra de los escritores entre sí y de todos ellos contra ciertas y determinadas sociedades, viene a ser la mosca en la leche. Y tan singular es su caso de propaganda de la guerra, que bien vale la pena aislarlo y estudiarlo siquiera como ejemplo típico de teratología literaria.

El señor Dorfman exhibe una manera de razonar que podría aceptarse tal vez en una clase de paradoja, *a contrario sensu*, esto es, precisamente para indicar a los alumnos cuál es el sofisma y cómo debe evitarse. Voy a dar un solo ejemplo, que me evitará otros. Copio al señor Dorfman, y al pie de la letra para que no se diga que le atribuyo lo que no ha querido expresar:

Ser escritor no es fácil. No es llegar y escribir. Se pertenece tanto al pasado (porque se sabe que uno es producto de toda la historia, de las tradiciones anteriores), como al presente (nuestro para ver, para interpretar, para transmitir y denunciar) y también al futuro (se proyecta hacia el porvenir, se hace historia, creando y conociendo para lo que vendrá). Pero nuestros novelistas sólo pertenecen al pasado en el sentido de aceptar sus soluciones. No en el

sentido de ver ese pasado en nuestra sociedad, en el hombre actual, aprisionándolo. Se integran a esa sociedad, aceptando sus valores, su visión, sus características pasatistas (p. 160).

El lector podrá argüir, al tenor de esta cita, cómo el señor Dorfman acepta en el hombre la presencia viva del pasado, desde que, por ejemplo, dice que "uno es producto de toda la historia", y cómo de consiguiente no es justo incriminarle, como se vio en líneas anteriores, por los ataques al pasado. Perfecto; pero eso es sólo una parte de la cuestión. Cuando un autor dice en una línea blanco y en otra negro, se le puede pedir respetuosamente que aclare su marcha a fin de que el lector sepa a qué atenerse; se le puede también acusar de no haber estudiado su escrito con tanta prolijidad como para eliminar en él contradicciones obvias, y finalmente se le puede desestimar, por eso mismo, como escritor frívolo pues no acierta a decir con nitidez lo que siente. Yo no sé cuál de estas tres posiciones desee ocupar el señor Dorfman, y señalo las tres para que elija. Sería totalitario forzarle a tomar sólo una.

Pero lo notable, allí como en otras partes, es la carencia de pruebas. El señor Dorfman no da información alguna en cuya virtud pudiera el lector sentirse tentado a compartir sus puntos de vista. Con singular desprecio por el lector, le lanza afirmaciones a raja tabla, como si su sola palabra bastase en cuestión tan ardua. Y no: no basta. La crítica literaria deja de existir en el instante mismo en que uno de los elementos comprometidos en ella (el lector, el autor, el crítico) se siente infalible. El señor Dorfman parece creer, al revés, que el crítico es infalible, por lo menos cuando él funge en categoría de tal, y en consecuencia queda dispensado de probar lo que afirma. No es necesario recalcar mucho sobre cuán ajena al espíritu científico es semejante posición en donde el capricho cesáreo de un individuo, encastillado en la certidumbre de su infalibilidad, se proclama a sí mismo como el único válido.

Me parece haber divisado alguna vez, en el escrito del señor Dorfman, la intención de establecer un escalafón único para la especie novela, a la cual ha aplicado la luz de su linterna. Por lo demás, el escalafón único de la novela deja a las literaturas nacionales americanas de lengua española en situación todavía más desmedrada. La existencia de sujetos tales como Cervantes, Dickens, Balzac, Flaubert, Tolstoy, Dostoyevski, basta para hacer ver la situación que se nos reserva. Por las razones que se desee lucubrar, en aquellas naciones han sido producidas obras que llenan de pasmo al género humano. Con el escalafón único nos veríamos, en fin, en la dura pero ineludible necesidad de relacionar y comparar a nuestros novelistas con aquellos otros ya mencionados, más un par de centenares que no se mencionan para no abusar de la paciencia del lector. No parece que se haya dicho en serio que el escalafón de la novela haya de ser único, así como a nadie pudiera tampoco ocurrírsele que hayan de ser únicos también los de la poesía, el drama, el ensayo, etc.

El escritor ilustrado y consciente de sus recursos literarios aspira seguramente a sacar cabeza entre los más grandes de su tiempo, primero en su país, y luego en otros países. Para eso se escribe, para distinguirse. Pero de allí no se sigue que si un escritor chileno no ha logrado figurar entre los grandes creadores de su tiempo, se lo echemos en cara con rudeza y sin distingos. El novelista a quien se reprocha no haber creado, en Chile, una novela digna de hombrearse con las de Proust, bien podría retorcer el argumento y decirle al crítico que así se lo haya dicho:

—Y usted, señor, tan exigente, tan leído, disfruta también de menos lectores que Curtius, no se le cita tanto como a Brandes y no ha logrado la influencia de Sainte-Beuve. Si yo soy provinciano en mi manera de sentir y de escribir, ¿no será usted también provinciano, y por idénticos motivos?

Estas modestas, casi invisibles reflexiones, tienen por objeto prevenir al lector de los *Anales de la Universidad* en torno a la nocivi-

dad de los principios que informan el estudio de Ariel Dorfman titulado *Perspectivas y limitaciones de la novela chilena actual*. Bajo la apariencia de la seriedad científica, la cual no excluye la posibilidad de algunos grititos histéricos, se esconde una gran zancadilla armada para hacer caer toda la literatura chilena, y no sólo la novela. Carezco, naturalmente, de autoridad para convencer a nadie; pero creo que algunas de las observaciones de las páginas anteriores tienen vigencia, si bien hayan sido redactadas en forma apresurada y sin el aparato erudito tan abundante en el estilo del señor Dorfman.

Dése, pues, por entendido que el firmante de estas débiles líneas no pretende en modo alguno mover uno solo de los conceptos del señor Dorfman, si bien haya pretendido, de vez en cuando, y con timidez creciente, verlos por todos los lados que tengan y no sólo por el de su presentación. Por eso se ha dado forma escrita a estas observaciones. Si hubiesen quedado confinadas a un corrillo, es posible que el señor Dorfman creyera haber logrado convencer plenamente a todos sus lectores con sus doctorales y altaneras conclusiones. Y no, no es así. Uno solo de esos lectores —por lo menos— le dice que no está satisfecho, y que para convencerlo de su tan atrevida tesis será preciso, en lo sucesivo, pensar de nuevo la cosa, disponerla conforme otras leyes, darle otra estructura y acabado y presentarla otra vez, como si nunca antes hubiera sido presentada. Con la diferencia, claro está, de que en lo futuro no será fácil pasar como ayer gato por liebre, y de que al mortal escamado por la mercadería averiada de hoy será difícil, por no decir imposible, engatusarlo segunda vez con otra dosis de mercadería averiada.

Hemos asistido al desolador espectáculo de un hombre frenético; haciéndole hablar su propio idioma, le hemos exhibido en sus histéricas contorsiones; sus palabras irreverentes, mal meditadas, han trasuntado a la vista de todos la íntima tosquedad de quien

pretende título de pensador; sus paralogismos y contradicciones han mostrado hasta el fondo la morbosa inquietud de un espíritu que no sabe lo que quiere. Y cuando, seguro él mismo de no saber lo que quiere, busca un pretexto para su diatriba, le hemos visto con estu- por enjuiciar sólo seis años de la novela chilena, pretendiendo, a lo que parece, obtener una conclusión válida para toda ella, saltándose, eso sí, la mayor parte de los títulos publicados. Todo esto hemos visto en ligero análisis de algunas de las proposiciones del señor Dorfman: no de todas, desde luego, porque el asunto se habría extendido demasiado.

Se me dirá que bien pude yo abstenerme de mezclarme en este debate, en el cual las voces cantantes pudieron haber sido la del señor Dorfman, que reprenta la negación, y la de Jaime Valdivieso, quien asume la personería del parecer afirmativo en torno a las posibilidades de la novela chilena. Pero sin perjuicio de que la que- rrela entre ambos campeones se efectúe, bien podrá perdonarse a un *outsider* el que alce su voz, siquiera brevemente, para alentar a uno de los dos.

La moda de afrentar a las letras chilenas, pidiéndoles más de lo que es razonable pedirles, o negándoles virtudes, vigencia, profundidad, gracia, elevación, dignidad, es un deporte fácil, sin duda, pero engañoso y que abre paso a un nuevo peligro. El día de mañana, cuando las letras chilenas sean negadas por escritores y tratadistas de fuera, como ha sucedido por desgracia en diversas fechas, no vamos a poder contradecirlos. A ellos les será muy fácil alegar testimonios emanados de artículos publicados en revistas chilenas, como el del señor Dorfman en este caso, y ante semejante argumento deberemos callar, corridos y mohinos. La denigración, sobre todo cuando carece casi absolutamente de pruebas cual se ve en el estudio comentado, nace de nuestra propia casa y no es raro que vuelva sobre ésta, agravada y emponzoñada.

La moda nació, como se ha recordado antes, de Menéndez y Pe- layo, y ha sido sostenida y robustecida con nuevos dichos por otros

escritores chilenos a quienes jamás se les ocurrió la peligrosidad insigne de la tesis que suscribían. Muchos años han pasado desde la afrenta arrojada por Menéndez y Pelayo sobre el nombre de Chile como nación culta, y cuando ya podíamos darla por olvidada, he aquí que la resucita un discípulo inconfeso del crítico santanderino. ¿Lo haría por imprudencia o por juvenil deseo de llamar la atención? Tal vez nadie lo sepa nunca. El hecho es que lo hizo, el hecho es que el señor Dorfman inscribe ufano su nombre entre los discípulos de Menéndez y Pelayo en todo lo que éste lleva de más odioso para el amor propio nacional, el de la negación a raja tabla de las aptitudes del chileno para el cultivo de ciertas artes y de ciertas especialidades literarias.

